

Jane Eyre

Spanish Edition

ZEUK  MEDIA

Charlotte Brontë

Jane Eyre (Spanish Edition)

Charlotte Brontë

Published by Zeuk Media LLC (Español), 2020.

Tabla de Contenido

[Title Page](#)

Copyright Page

[Jane Eyre | Charlotte Brontë | Jane Eyre](#)

[PREFACIO](#)

[NOTA A LA TERCERA EDICIÓN](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38 CONCLUSIÓN](#)

About the Author

About the Publisher

Jane Eyre

Charlotte Brontë

Jane Eyre

Charlotte Bronte

PREFACIO

Como el prefacio a la primera edición de "Jane Eyre" es innecesario, no di ninguno: esta segunda edición exige unas pocas palabras de reconocimiento y comentario misceláneo.

Mi agradecimiento se debe en tres cuartos.

Para el público, para el oído indulgente se ha inclinado por una historia simple con pocas pretensiones.

Para la prensa, para el campo justo, su sufragio honesto se ha abierto a un oscuro aspirante.

Para mis editores, por su ayuda, su tacto, su energía, su sentido práctico y su franca liberalidad han brindado un autor desconocido y no recomendado.

La prensa y el público no son más que vagas personificaciones para mí, y debo agradecerles en términos vagos; pero mis Editores son definitivos: también lo son ciertos críticos generosos que me han alentado, ya que solo los hombres de gran corazón y mentalidad saben cómo alentar a un extraño que lucha; a ellos, *es decir*, a mis editores y a los revisores seleccionados, les digo cordialmente, caballeros, les agradezco de corazón.

Habiendo reconocido lo que debo a quienes me han ayudado y aprobado, me dirijo a otra clase; uno pequeño, que yo sepa, pero que, por lo tanto, no debe pasarse por alto. Me refiero a los pocos tímidos o cariñosos que dudan de la tendencia de libros como "Jane Eyre": en cuyos ojos lo que sea inusual está mal; cuyos oídos detectan en cada protesta contra la intolerancia, ese padre del crimen, un insulto a la piedad, ese regente de Dios en la tierra. Sugeriría a tales escépticos ciertas distinciones obvias; Les recordaría ciertas verdades simples.

La convencionalidad no es moralidad. La justicia propia no es religión. Atacar al primero no es asaltar al

último. Arrancar la máscara de la cara del fariseo no es levantar una mano impía hacia la Corona de espinas.

Estas cosas y hechos son diametralmente opuestos: son tan distintos como el vicio de la virtud. Los hombres con demasiada frecuencia los confunden: no deben confundirse: la apariencia no debe confundirse con la verdad; Las doctrinas humanas estrechas, que solo tienden a exaltar y magnificar unas pocas, no deben ser sustituidas por el credo redentor mundial de Cristo. Hay, lo repito, una diferencia; y es una buena y no una mala acción marcar de manera amplia y clara la línea de separación entre ellos.

Puede que al mundo no le guste ver estas ideas difundidas, ya que se ha acostumbrado a combinarlas; resulta conveniente hacer que el espectáculo externo pase por el valor de la libra esterlina: dejar que las paredes encaladas respondan por santuarios limpios. Puede odiar al que se atreve a escudriñar y exponer, para desgarrar el dorado y mostrar el metal base debajo de él, para penetrar en el sepulcro y revelar reliquias de charnel: pero odio como sea, está en deuda con él.

A Acab no le gustaba Micaías, porque nunca profetizó el bien acerca de él, sino el mal; probablemente le gustaba más el hijo de aduana de Chenaannah; sin embargo, Acab pudo haber escapado de una muerte sangrienta, si hubiera detenido sus oídos a la adulación y los hubiera abierto a un consejo fiel.

Hay un hombre en nuestros días cuyas palabras no están enmarcadas para hacer cosquillas en los oídos delicados: quien, en mi opinión, se presenta ante los grandes de la sociedad, al igual que el hijo de Imlah ante los tronados reyes de Judá e Israel; y quien habla la verdad tan profundo, con un poder como el de un profeta y tan vital, una actitud tan intrépida y audaz. ¿Es admirado el satírico de "Vanity Fair" en lugares altos? No puedo decir; pero creo que si algunos de los que arroja el fuego griego de su sarcasmo, y sobre los que muestra la marca levin de su denuncia,

tomarían sus advertencias a tiempo, ellos o su simiente podrían escapar de un Rimoth fatal. Galaad

¿Por qué he aludido a este hombre? Le he aludido, lector, porque creo que veo en él un intelecto más profundo y más único de lo que sus contemporáneos han reconocido; porque lo considero el primer regenerador social del día, como el maestro de ese cuerpo de trabajo que restauraría a la rectitud el sistema de cosas deformado; porque creo que ningún comentarista en sus escritos ha encontrado la comparación que le conviene, los términos que caracterizan correctamente su talento. Dicen que es como Fielding: hablan de su ingenio, humor y poderes cómicos. Se parece a Fielding como un águila hace un buitre: Fielding podría inclinarse sobre la carroña, pero Thackeray nunca lo hace. Su ingenio es brillante, su humor atractivo, pero ambos tienen la misma relación con su genio serio que el simple relámpago que juega bajo el borde de la nube de verano con la chispa eléctrica de la muerte escondida en su útero. Finalmente, he aludido al Sr. Thackeray, porque a él, si acepta el tributo de un completo desconocido, le he dedicado esta segunda edición de "Jane Eyre".

CURRER BELL.

De diciembre de 21 de st , 1847.

NOTA A LA TERCERA EDICIÓN

Aprovecho la oportunidad que me brinda una tercera edición de "Jane Eyre", de dirigir nuevamente una palabra al público, para explicar que mi reclamo del título de novelista se basa solo en este trabajo. Si, por lo tanto, se me ha atribuido la autoría de otras obras de ficción, se otorga un honor donde no se merece; y consecuentemente, negado donde es debido.

Esta explicación servirá para rectificar errores que ya se hayan cometido y para evitar errores futuros.

CURRER BELL.

De abril de 13^o, 1848.

Capítulo 1

No había posibilidad de dar un paseo ese día. Habíamos estado deambulando, de hecho, en los arbustos sin hojas una hora por la mañana; pero desde la cena (la Sra. Reed, cuando no había compañía, cenó temprano), el frío viento invernal había traído consigo nubes tan sombrías y una lluvia tan penetrante que el ejercicio al aire libre ya estaba fuera de discusión.

Me alegré de ello: nunca me gustaron los largos paseos, especialmente en las tardes frías: terrible para mí fue el regreso a casa en el crudo crepúsculo, con los dedos y dedos de los pies mordidos, y un corazón entristecido por las reprimendas de Bessie, la enfermera, y humillado por la conciencia de mi inferioridad física a Eliza, John y Georgiana Reed.

Dichas Eliza, John y Georgiana ahora estaban agrupadas alrededor de su madre en el salón: estaba recostada en un sofá junto a la chimenea, y con sus seres queridos a su alrededor (por el momento ni peleándose ni llorando) parecía perfectamente feliz. Yo, ella había prescindido de unirse al grupo; diciendo: "Lamentó estar bajo la necesidad de mantenerme a distancia; pero eso hasta que escuchó de Bessie, y pudo descubrir por su propia observación, que me estaba esforzando en serio por adquirir una disposición más sociable e infantil, una manera más atractiva y vivaz, algo más ligero, más franco, más natural, por así decirlo. "Ella realmente debe excluirme de los privilegios destinados solo a niños pequeños felices y contentos".

"¿Qué dice Bessie que he hecho?", Pregunté.

"Jane, no me gustan los cavillers o los interrogadores; Además, hay algo realmente prohibitivo en un niño que asume a sus mayores de esa manera. Estar

sentado en alguna parte; y hasta que puedas hablar agradablemente, permanece en silencio ".

Una sala de desayuno contigua al salón, entré allí. Contenía una estantería: pronto poseí un volumen, teniendo cuidado de que fuera uno almacenado con imágenes. Me subí al asiento de la ventana: juntando los pies, me senté con las piernas cruzadas, como un turco; y, después de cerrar la cortina roja de moreen, casi me retiré en doble retiro.

Los pliegues de cortinas escarlatas se cerraron en mi vista a la mano derecha; a la izquierda estaban los cristales claros de vidrio, protegiéndome, pero no separándome del triste día de noviembre. A intervalos, mientras daba vuelta las hojas de mi libro, estudiaba el aspecto de esa tarde de invierno. A lo lejos, ofrecía un pálido blanco de niebla y nube; cerca de una escena de césped húmedo y arbusto azotado por la tormenta, con una lluvia incesante que se arrastra violentamente antes de una larga y lamentable explosión.

Regresé a mi libro: La Historia de las Aves Británicas de Bewick: su tipografía me importaba poco, en general; y, sin embargo, había ciertas páginas introductorias que, como era yo, no podía dejarlas en blanco. Eran los que tratan de las guaridas de las aves marinas; de "las rocas solitarias y los promontorios" que solo habitaban ellos; de la costa de Noruega, salpicada de islas desde su extremo sur, Lindenness, o Naze, hasta el Cabo Norte.

"Donde el Océano del Norte, en grandes remolinos , hierve alrededor de las islas desnudas y melancólicas de Thule más lejano; y el oleaje atlántico se vierte entre las tormentosas Hébridas ".

Tampoco pude pasar desapercibida la sugerencia de las sombrías costas de Laponia, Siberia, Spitzbergen, Nova Zembla, Islandia, Groenlandia, con "el vasto barrido de la

Zona Ártica, y esas regiones desoladas de triste espacio, ese depósito de escarcha y nieve". , donde firmes campos de hielo, la acumulación de siglos de inviernos, vidriados en alturas alpinas por encima de las alturas, rodean el poste y concentran los rigores multiplicados del frío extremo ". De estos reinos blancos como la muerte formé una idea propia: sombría , como todas las nociones medio comprendidas que flotan tenues en el cerebro de los niños, pero extrañamente impresionantes. Las palabras en estas páginas introductorias se conectaron con las siguientes viñetas y dieron significado a la roca que se alzaba sola en un mar de olas y espray; al bote roto varado en una costa desolada; a la luna fría y espantosa que miraba a través de las barras de nubes en un naufragio que se hundía.

No puedo decir qué sentimiento atormentaba el cementerio bastante solitario, con su lápida inscrita; su puerta, sus dos árboles, su horizonte bajo, rodeado por una pared rota, y su media luna recién levantada, que atestigua la hora de eventideide.

Los dos barcos se calmaron en un mar torpe, que yo creía que eran fantasmas marinos.

El demonio que sujetaba la mochila del ladrón detrás de él, pasé rápidamente: era un objeto de terror.

Igual que la cosa de cuernos negros estaba sentada en una roca, observando a una multitud distante que rodeaba una horca.

Cada imagen contaba una historia; misterioso a menudo para mi comprensión poco desarrollada y mis sentimientos imperfectos, pero siempre profundamente interesante: tan interesante como los cuentos que Bessie a veces narraba en las noches de invierno, cuando parecía estar de buen humor; y cuando, después de llevar su mesa de planchar al hogar de la guardería, nos permitió sentarnos al respecto, y mientras levantaba los adornos de encaje de la Sra. Reed, y engarzaba los bordes de su gorro de dormir, alimentaba nuestra ansiosa atención con pasajes de amor y aventura.

de viejos cuentos de hadas y otras baladas; o (como descubrí en un período posterior) de las páginas de Pamela y Henry, conde de Moreland.

Con Bewick en mi rodilla, estaba feliz: feliz al menos en mi camino. No temía nada más que la interrupción, y eso llegó demasiado pronto. La puerta de la sala de desayunos se abrió.

"Boh! ¡Señora Mope! "Gritó la voz de John Reed; luego se detuvo: encontró la habitación aparentemente vacía.

"¡Dónde está el dickens!", Continuó. "Lizzy! Georgy! (llamando a sus hermanas) Joan no está aquí: dile a mamá que se está quedando sin lluvia ... ¡mal animal!

"Está bien que corrí la cortina", pensé; y deseé fervientemente que no descubriera mi escondite: ni John Reed lo habría descubierto él mismo; no era rápido ni en visión ni en concepción; pero Eliza solo asomó la cabeza por la puerta y dijo de inmediato:

"Ella está en el asiento de la ventana, para estar seguro, Jack".

Y salí inmediatamente, porque temblaba ante la idea de ser arrastrado por dicho Jack.

"¿Qué quieres?", Le pregunté con incómoda timidez.

"Di, ' ¿ Qué quieres, maestro Reed?" Fue la respuesta. "Quiero que vengas aquí"; y sentándose en un sillón, lo insinuó con un gesto de que debía acercarme y pararme frente a él.

John Reed era un escolar de catorce años; cuatro años mayor que yo, porque solo tenía diez años: grande y corpulento para su edad, con una piel sucia y poco saludable; lineamientos gruesos en un rostro amplio, extremidades pesadas y extremidades grandes. Se atiborraba habitualmente en la mesa, lo que lo ponía nervioso, y le daba un ojo oscuro y deslucido y mejillas flácidas. Ahora debería haber estado en la escuela; pero su madre lo había llevado a su casa por un mes o dos, "debido

a su delicada salud". El señor Miles, el maestro, afirmó que le iría muy bien si tuviera menos pasteles y dulces que lo enviaran de su casa; pero el corazón de la madre se volvió de una opinión tan dura, e inclinó más bien a la idea más refinada de que la maldad de John se debió a una aplicación excesiva y, tal vez, a llorar después de su hogar.

John no tenía mucho afecto por su madre y hermanas, y una antipatía hacia mí. Me intimidó y me castigó; no dos o tres veces en la semana, ni una o dos veces en el día, sino continuamente: cada nervio que le había temido, y cada bocado de carne en mis huesos se encogía cuando se acercaba. Hubo momentos en que me desconcertó el terror que él inspiró, porque no tenía ningún recurso contra sus amenazas o sus infracciones; a los sirvientes no les gustaba ofender a su joven amo al tomar mi parte en su contra, y la señora Reed era ciega y sorda sobre el tema: nunca lo vio golpear ni lo escuchó abusar de mí, aunque él hacía las dos cosas de vez en cuando. presencia, más frecuentemente, sin embargo, a sus espaldas.

Habitualmente obediente a John, me acerqué a su silla: pasó unos tres minutos extendiéndome la lengua todo lo que pudo sin dañar las raíces: sabía que pronto golpearía, y mientras temía el golpe, reflexioné sobre la desagradable y fea apariencia de aquel que actualmente lo trataría. Me pregunto si leyó esa idea en mi cara; porque, de repente, sin hablar, golpeó de repente y con fuerza. Me tambaleé y, al recuperar el equilibrio, me retiré uno o dos pasos de su silla.

"Eso es por su descaro en responderle a mamá desde hace un tiempo", dijo, "y por su forma furtiva de ponerse detrás de las cortinas, y por la mirada que tenía en sus ojos dos minutos desde entonces, ¡rata!"

Acostumbrado al abuso de John Reed, nunca tuve la idea de responderle; Mi cuidado era cómo soportar el golpe que ciertamente seguiría al insulto.

"¿Qué estabas haciendo detrás de la cortina?", Preguntó.

"Estaba leyendo."

"Muestra el libro".

Regresé a la ventana y la recogí desde allí.

"No tienes por qué llevarte nuestros libros; eres dependiente, dice mamá; no tienes dinero; tu padre no te dejó ninguno; deberías rogar, y no vivir aquí con hijos de caballeros como nosotros, y comer las mismas comidas que nosotros, y usar ropa a expensas de nuestra madre. Ahora, te enseñaré a revolver mis estanterías: porque *son* mías; Toda la casa me pertenece, o lo haré en unos años. Ve y párate junto a la puerta, fuera del camino del espejo y las ventanas.

Lo hice, sin saber al principio cuál era su intención; pero cuando lo vi levantar y equilibrar el libro y ponerse de pie para lanzarlo, instintivamente comencé a un lado con un grito de alarma: sin embargo, no lo suficientemente pronto; el volumen fue lanzado, me golpeó, y me caí, golpeando mi cabeza contra la puerta y cortándola. El corte sangraba, el dolor era agudo: mi terror había pasado su clímax; otros sentimientos tuvieron éxito.

"¡Niño malvado y cruel!", Dije. "¡Eres como un asesino, eres como un esclavo, eres como los emperadores romanos!"

Había leído la Historia de Roma de Goldsmith, y había formado mi opinión sobre Nerón, Calígula, etc. También había dibujado paralelos en silencio, que nunca pensé que hubiera declarado en voz alta.

"¡Qué! ¡ qué ! ", gritó. "¿Ella me dijo eso? ¿La escuchaste, Eliza y Georgiana? ¿No se lo diré a mamá? pero primero ...

Corrió de cabeza hacia mí: sentí que me agarraba el pelo y el hombro: había cerrado con desesperación. Realmente vi en él un tirano, un asesino. Sentí una gota o dos gotas de sangre de mi cabeza goteando por mi cuello, y sentí un sufrimiento algo picante: estas sensaciones por el momento predominaban sobre el miedo, y lo recibí frenéticamente. No

sé muy bien qué hice con mis manos, pero él me llamó "¡Rata! ¡Rata! "Y bramó en voz alta. La ayuda estaba cerca de él: Eliza y Georgiana habían corrido a buscar a la señora Reed, que había subido las escaleras: ahora entró en escena, seguida por Bessie y su doncella Abad. Nos separamos: escuché las palabras:

"¡Querido! querido ! ¡Qué furia volar contra el Maestro John!

"¿Alguna vez alguien vio una imagen tan apasionada? "

Entonces la señora Reed se unió.

"Llévala a la habitación roja y enciérrala allí". Cuatro manos fueron puestas inmediatamente sobre mí, y me llevaron arriba.

Capítulo 2

Me resistí todo el tiempo: algo nuevo para mí y una circunstancia que fortaleció enormemente la mala opinión que Bessie y la señorita Abbot estaban dispuestas a entretenerme. El hecho es que estaba un poco fuera de mí; o más bien *fuera* de mí mismo, como dirían los franceses: estaba consciente de que un momento de motín ya me había hecho responsable de extrañas sanciones y, como cualquier otro esclavo rebelde, me sentí resuelto, en mi desesperación, a hacer todo lo posible.

"Sostén sus brazos, señorita Abbot: es como un gato loco".

"¡Para vergüenza! para vergüenza!", exclamó el doncella. ¡Qué sorprendente conducta, señorita Eyre, golpear a un joven caballero, el hijo de su benefactora ! Tu joven maestro.

"¡Maestro! ¿Cómo es él mi maestro? ¿Soy un sirviente?"

"No; eres menos que un sirviente, porque no haces nada por tu fortaleza. Allí, siéntate y piensa en tu maldad.

Para entonces ya me habían metido en el departamento indicado por la señora Reed, y me habían arrojado sobre un taburete: mi impulso era levantarme como un resorte; Sus dos pares de manos me arrestaron al instante.

"Si no te quedas quieto, debes estar atado", dijo Bessie. "Señorita Abbot, présteme sus ligas; ella rompería la mía directamente.

Miss Abbot se volvió para deshacerse de una pierna robusta de la ligadura necesaria. Esta preparación para los lazos, y la ignominia adicional que infirió, me quitaron un poco de emoción.

"No te los quites", lloré; "No voy a remover".

En garantía de lo cual, me uní a mi asiento por mis manos.

"Eso sí, no", dijo Bessie; y cuando ella se dio cuenta de que realmente estaba cediendo, me soltó; entonces ella y la señorita Abbot se quedaron con los brazos cruzados, mirándome oscura y dudosa, incrédula de mi cordura.

"Nunca lo había hecho antes", dijo finalmente Bessie, volviéndose hacia Abigail.

"Pero siempre estuvo en ella", fue la respuesta. "Le he dicho a Missis a menudo mi opinión sobre el niño, y Missis estuvo de acuerdo conmigo. Es una pequeña cosa encubierta: nunca vi a una chica de su edad con tanta cobertura".

Bessie no respondió; pero antes de dirigirse a mí, ella dijo: "Debe ser consciente, señorita, de que tiene obligaciones con la señora Reed: ella la mantiene: si la apagara, tendría que ir a la casa de los pobres".

No tenía nada que decir a estas palabras: no eran nuevas para mí: mis primeros recuerdos de existencia incluían indicios del mismo tipo. Este reproche de mi dependencia se había convertido en una vaga canción de canto en mi oído: muy dolorosa y aplastante, pero solo medio inteligible. Miss Abbot se unió a ...

"Y no deberías pensar en una igualdad con las señoritas Reed y el maestro Reed, porque Missis amablemente te permite criarte con ellas. Tendrán una gran cantidad de dinero, y usted no tendrá ninguno: es su lugar ser humilde y tratar de ser agradable para ellos".

"Lo que te decimos es por tu bien", agregó Bessie, sin voz áspera, "deberías tratar de ser útil y agradable, entonces, tal vez, tendrías un hogar aquí; pero si te vuelves apasionado y grosero, Missis te enviará lejos, estoy seguro.

"Además", dijo la señorita Abbot, "Dios la castigará: podría matarla en medio de sus berrinches, y luego ¿a dónde iría? Ven, Bessie, la dejaremos: no tendría su corazón para nada. Diga sus oraciones, señorita Eyre, cuando esté sola; porque si no te arrepientes, algo malo podría bajar por la chimenea y llevarte lejos.

Fueron, cerraron la puerta y la cerraron detrás de ellos.

La sala roja era una cámara cuadrada, casi nunca dormía, podría decir que nunca, de hecho, a menos que cuando una afluencia casual de visitantes en Gateshead Hall hiciera necesario recurrir para dar cuenta de todo el alojamiento que contenía: sin embargo, era uno de los cámaras más grandes y más majestuosas de la mansión. Una cama apoyada en enormes columnas de caoba, adornada con cortinas de damasco rojo intenso, sobresalía como un tabernáculo en el centro; los dos grandes ventanales, con sus persianas siempre bajas, estaban medio envueltos en festones y caídas de cortinas similares; la alfombra era roja; la mesa al pie de la cama estaba cubierta con una tela carmesí; las paredes eran de un suave color beige con un rubor rosado; El armario, la mesa del inodoro y las sillas eran de caoba vieja y oscura. De estos tonos profundos que lo rodeaban, los colchones y las almohadas apiladas de la cama, cubiertas de nieve, se veían blancas y fulgurantes, cubiertas con una cubierta nevada de Marsella. Apenas menos prominente había un amplio sillón acolchado cerca de la cabecera de la cama, también blanco, con un taburete delante; y, como pensaba, parecía un trono pálido.

Esta habitación estaba fría porque rara vez tenía fuego; era silencioso, porque alejado de la guardería y la cocina; solemne, porque se sabía que rara vez se ingresaba. La sirvienta sola vino aquí los sábados para limpiar de los espejos y los muebles el polvo silencioso de una semana: y la misma Sra. Reed, a intervalos lejanos, lo visitó para revisar el contenido de cierto cajón secreto en el armario, donde estaban almacenó diversos pergaminos, su cofre de joyas y una miniatura de su difunto esposo; y en esas últimas palabras yace el secreto del cuarto rojo, el hechizo que lo mantuvo tan solo a pesar de su grandeza.

El señor Reed había estado muerto nueve años: fue en esta cámara donde respiró por última vez; aquí yacía en

estado; por lo tanto, su ataúd fue llevado por los hombres de la funeraria; y, desde ese día, una sensación de triste consagración lo había protegido de la intrusión frecuente.

Mi asiento, al que Bessie y la amarga señorita Abbot me habían dejado clavado, era una otomana baja cerca de la chimenea de mármol; la cama se levantó delante de mí; a mi mano derecha estaba el armario alto y oscuro, con reflejos tenues y rotos que variaban el brillo de sus paneles; a mi izquierda estaban las ventanas amortiguadas; un gran espejo entre ellos repetía la majestuosidad vacía de la cama y la habitación. No estaba muy seguro de si habían cerrado la puerta; y cuando me atreví a moverme, me levanté y fui a ver. ¡Pobre de mí! Sí : ninguna cárcel era más segura. Al regresar, tuve que cruzar delante del espejo; mi mirada fascinada involuntariamente exploró la profundidad que revelaba. Todos parecían más fríos y oscuros en ese hueco visionario que en la realidad: y la extraña y pequeña figura allí mirándome, con una cara y brazos blancos moteando la penumbra, y ojos brillantes de miedo moviéndose donde todo lo demás estaba quieto, tuvo el efecto de un espíritu real: pensé que era uno de los pequeños fantasmas, mitad hada, mitad diablillo, las historias nocturnas de Bessie representadas como solitarias, helechos dells en páramos y apareciendo ante los ojos de viajeros tardíos. Regresé a mi taburete.

La superstición estaba conmigo en ese momento; pero aún no era su hora de la victoria completa: mi sangre aún estaba caliente; El estado de ánimo del esclavo rebelde todavía me estimulaba con su amargo vigor; Tuve que contener una rápida oleada de pensamiento retrospectivo antes de pasar al presente triste.

Todas las tiranías violentas de John Reed, la orgullosa indiferencia de todas sus hermanas, toda la aversión de su madre, toda la parcialidad de los sirvientes, aparecieron en mi mente perturbada como un depósito oscuro en un pozo turbio. ¿Por qué siempre sufría, siempre cegado, siempre

acusado, condenado por siempre? ¿Por qué nunca podría por favor? ¿Por qué era inútil tratar de ganar el favor de alguien? Eliza, que era obstinada y egoísta, era respetada. Georgiana, que tenía un temperamento malcriado, un rencor muy acre, un carruaje cautivo e insolente, se consentía universalmente. Su belleza, sus mejillas rosadas y sus rizos dorados, parecían deleitar a todos los que la miraban y comprar indemnización por cada falta. John nadie frustró, mucho menos castigó; aunque él torció el cuello de las palomas, mató a los pollitos de guisantes, colocó a los perros en las ovejas, despojó las vides de invernadero de su fruta y arrancó los brotes de las plantas más selectas en el invernadero: llamó a su madre "niña vieja" , también; a veces la vilipendiaba por su piel oscura, similar a la suya; sin hacer caso omiso de sus deseos; no pocas veces rasgó y echó a perder su atuendo de seda; y él todavía era "su propio amor". No me atreví a cometer ninguna falta: me esforcé por cumplir con todos los deberes; y me llamaron travieso y cansado, huraño y furtivo, desde la mañana hasta el mediodía, y desde el mediodía hasta la noche.

Todavía me dolía la cabeza y sangraba con el golpe y la caída que había recibido: nadie había reprochado a John por golpearme sin motivo; y debido a que me había vuelto contra él para evitar más violencia irracional, fui cargado con oprobio general.

"¡Injusto! ¡Injusto!", Dijo mi razón, forzada por el agónico estímulo a un poder precoz aunque transitorio: y Resolver, igualmente forzado, instigó un extraño recurso para escapar de la opresión insoportable, como escapar o, si eso no fuera posible. ser afectado, nunca comer o beber más, y dejarme morir.

¡Qué consternación de alma fue la mía esa triste tarde! ¡Cómo todo mi cerebro estaba en tumulto y todo mi corazón en la insurrección! Sin embargo, ¡en qué oscuridad, qué densa ignorancia, se libró la batalla mental! No podía

responder a la incesante pregunta interna: *por qué* sufrí así; ahora, a la distancia de ... no diré cuántos años, lo veo claramente.

Era una discordia en Gateshead Hall: no era como nadie allí; No tenía nada en armonía con la señora Reed o sus hijos, o su vasallaje elegido. Si no me amaban, de hecho, como poco los amaba . No estaban obligados a considerar con afecto algo que no podía simpatizar con uno de ellos; algo heterogéneo, opuesto a ellos en temperamento, en capacidad, en propensiones; una cosa inútil, incapaz de servir a sus intereses o aumentar su placer; una cosa nociva, que aprecia los gérmenes de indignación por su trato, de desprecio por su juicio. Sé que si hubiera sido un niño optimista, brillante, descuidado, exigente, guapo y juguetón, aunque igualmente dependiente y sin amigos, la Sra. Reed habría soportado mi presencia más complaciente; sus hijos me habrían entretenido más de la cordialidad del sentimiento de compañerismo; los criados habrían sido menos propensos a hacerme el chivo expiatorio de la guardería.

La luz del día comenzó a abandonar el cuarto rojo; eran más de las cuatro de la tarde, y la tarde nublada tiende a oscurecer el crepúsculo. Escuché que la lluvia seguía golpeando continuamente en la ventana de la escalera, y el viento aullando en el bosque detrás del pasillo; Crecí poco a poco como una piedra, y luego mi coraje se hundió. Mi estado de ánimo habitual de humillación, dudas, depresión triste, se humedeció en las brasas de mi ira en descomposición. Todos decían que era malvado, y tal vez podría serlo; ¿Qué pensamiento había tenido sino concebir morirme de hambre? Eso ciertamente fue un crimen: ¿y estaba en condiciones de morir? ¿O fue la bóveda bajo el presbiterio de la Iglesia Gateshead una acogedora ciudad? En esa bóveda me habían dicho que el señor Reed yacía enterrado; y guiado por este pensamiento para recordar su idea, me dediqué a ella con un temor

creciente. No podía recordarlo; pero sabía que él era mi propio tío, el hermano de mi madre, que me había llevado cuando era un bebé sin padres a su casa; y que en sus últimos momentos había requerido una promesa de la señora Reed de que ella me criaría y me mantendría como uno de sus propios hijos. La señora Reed probablemente consideró que había cumplido esta promesa; y así lo hizo, me atrevo a decir, así como su naturaleza lo permitiría; pero, ¿cómo podría realmente gustarle un intruso que no fuera de su raza, y que no estuviera relacionada con ella, después de la muerte de su esposo, por algún vínculo? Debe haber sido muy irritante verse obligada por un compromiso duro de mantenerse en el lugar de un padre a un niño extraño que no podía amar, y ver a un extraterrestre no simpático invadir permanentemente su propio grupo familiar.

Una noción singular se me ocurrió. No dudé, nunca dudé, que si el señor Reed hubiera estado vivo me habría tratado con amabilidad; y ahora, mientras estaba sentado mirando la cama blanca y las paredes sombreadas, ocasionalmente también mirando con fascinación hacia el espejo tenuemente reluciente, comencé a recordar lo que había oído de hombres muertos, preocupados en sus tumbas por la violación de sus últimos deseos. , visitando la tierra para castigar a los perjuros y vengar a los oprimidos; y pensé que el espíritu del Sr. Reed, acosado por los errores del hijo de su hermana, podría abandonar su morada, ya sea en la bóveda de la iglesia o en el mundo desconocido de los difuntos, y levantarse ante mí en esta cámara. Me sequé las lágrimas y silencié mis sollozos, temerosa de que cualquier signo de dolor violento pudiera despertar una voz sobrenatural para consolarme, o sacar de la penumbra una cara de halo, inclinándose sobre mí con extraña compasión. Esta idea, consoladora en teoría, sentí que sería terrible si se realizara: con todas mis fuerzas traté de sofocarla, traté de ser firme. Sacudiéndome el pelo de los

ojos, levanté la cabeza e intenté mirar audazmente alrededor del cuarto oscuro; En este momento una luz brillaba en la pared. ¿Era, me pregunté, un rayo de la luna penetrando alguna abertura en la persiana? No; la luz de la luna estaba quieta, y esto se agitó; mientras miraba, se deslizó hacia el techo y se estremeció sobre mi cabeza. Ahora puedo conjeturar fácilmente que este rayo de luz fue, con toda probabilidad, un destello de una linterna llevada por alguien al otro lado del césped: pero entonces, preparada como mi mente para el horror, sacudida como mis nervios por la agitación, pensé El veloz haz de luz era un heraldo de alguna visión que venía de otro mundo. Mi corazón latía con fuerza, mi cabeza se calentó; un sonido llenó mis oídos, que consideré el movimiento de las alas; algo parecía cerca de mí; Estaba oprimido, sofocado: la resistencia se rompió; Me apresuré hacia la puerta y sacudí la cerradura en un esfuerzo desesperado. Pasos llegaron corriendo por el pasillo exterior; Al girar la llave, entraron Bessie y Abbot.

"Señorita Eyre, ¿está enferma?", Dijo Bessie.

"¿Qué ruido tan terrible! ¡me atravesó por completo! ", exclamó Abbot.

"¡Invítame a salir! ¡Déjame ir a la guardería! "Fue mi grito.

"¿Para qué? ¿Estás herido? ¿Has visto algo? "Exigió nuevamente Bessie.

"¡Oh! Vi una luz y pensé que vendría un fantasma. Ahora había agarrado la mano de Bessie y ella no me la arrebató.

"Ella ha gritado a propósito", declaró Abbot, con cierto disgusto. ¡Y qué grito! Si hubiera sufrido mucho, uno lo habría excusado, pero solo quería traernos a todos aquí: conozco sus trucos traviesos ".

"¿Qué es todo esto?" Exigió otra voz perentoriamente; y la señora Reed apareció por el pasillo, con la gorra abierta y el vestido crujiendo tormentosamente. "Abad y Bessie, creo

que di órdenes de que dejaran a Jane Eyre en la habitación roja hasta que yo fuera a ella".

"La señorita Jane gritó tan fuerte, señora", suplicó Bessie.

"Déjala ir", fue la única respuesta. "Suelta la mano de Bessie, niña: no puedes lograr salir por estos medios, ten la seguridad. Aborrezco el artificio, particularmente en niños; es mi deber mostrarle que los trucos no responderán: ahora se quedará aquí una hora más, y solo bajo la condición de perfecta sumisión y quietud es que lo liberaré entonces".

"¡Oh tía! ten piedad! ¡Perdóname! No puedo soportarlo, ¡déjame ser castigado de otra manera! Me matarán si ...

"¡Silencio! Esta violencia es toda repulsiva: "y así, sin duda, ella lo sintió. Era una actriz precoz en sus ojos; Ella me miró sinceramente como un compuesto de pasiones virulentas, espíritu mezquino y duplicidad peligrosa.

Después de que Bessie y Abbot se retiraron, la señora Reed, impaciente por mi angustia y frenéticos sollozos, me empujó bruscamente hacia atrás y me encerró sin más conversación. La escuché alejarse; y poco después de que ella se fuera, supongo que tenía una especie de ajuste: la inconsciencia cerró la escena.

Capítulo 3

Lo siguiente que recuerdo es despertarme con la sensación de haber tenido una pesadilla espantosa y ver ante mí un resplandor rojo terrible, cruzado con gruesas barras negras. También escuché voces que hablaban con un sonido hueco y como amortiguadas por una ráfaga de viento o agua: la agitación, la incertidumbre y una sensación de terror predominante confundieron mis facultades. En poco tiempo, me di cuenta de que alguien me estaba manejando; levantándome y apoyándome en una postura sentada, y eso con más ternura que nunca antes me habían criado o sostenido. Descansé mi cabeza contra una almohada o un brazo, y me sentí fácil.

En cinco minutos más, la nube de desconcierto se disolvió: sabía muy bien que estaba en mi propia cama y que el resplandor rojo era el fuego de la guardería. Era de noche: una vela ardía sobre la mesa; Bessie se paró a los pies de la cama con un lavabo en la mano, y un caballero se sentó en una silla cerca de mi almohada, inclinándose sobre mí.

Sentí un alivio inexpresable, una suave convicción de protección y seguridad, cuando supe que había un extraño en la habitación, un individuo que no pertenecía a Gateshead y que no estaba relacionado con la señora Reed. Alejándome de Bessie (aunque su presencia era mucho menos desagradable para mí de lo que habría sido la de Abad, por ejemplo), examiné el rostro del caballero: lo conocía; Era el señor Lloyd, un boticario, llamado a veces por la señora Reed cuando los criados estaban enfermos: para ella y para los niños ella empleaba a un médico.

"Bueno, ¿quién soy yo?", Preguntó.

Pronuncié su nombre, ofreciéndole al mismo tiempo mi mano: él la tomó, sonriendo y diciendo: "Lo haremos muy

bien poco a poco". Luego me recostó y, dirigiéndose a Bessie, la acusó de ser muy cuidadoso de que no me molestaran durante la noche. Habiendo dado algunas instrucciones adicionales, e insinúa que debería volver a llamar al día siguiente, partió; para mi dolor: me sentí tan protegida y amigada mientras él se sentaba en la silla cerca de mi almohada; y cuando cerró la puerta tras él, toda la habitación se oscureció y mi corazón se hundió de nuevo: la tristeza inexpresiva la pesó.

"¿Siente que debería dormir, señorita?" Preguntó Bessie, en voz baja.

Apenas me atreví a responderle; porque temía que la siguiente oración pudiera ser áspera. "Intentaré."

"¿Te gustaría beber o podrías comer algo?"

"No, gracias, Bessie".

"Entonces creo que me iré a la cama, porque son más de las doce en punto; pero puedes llamarme si quieres algo en la noche.

Maravillosa cortesía esto! Me animó a hacer una pregunta.

"Bessie, ¿qué me pasa? ¿Estoy enfermo?"

Te enfermaste, supongo, en la habitación roja llorando; pronto estarás mejor, sin duda.

Bessie entró en el departamento de la criada, que estaba cerca. La escuché decir:

"Sarah, ven a dormir conmigo en la guardería; Esta noche no me atrevería a estar sola con esa pobre niña: podría morir; es algo tan extraño que debería encajar: me pregunto si vio algo. Missis fue demasiado dura.

Sarah regresó con ella; los dos se fueron a la cama; estuvieron susurrando juntos durante media hora antes de quedarse dormidos. Capté fragmentos de su conversación, de los cuales pude inferir con demasiada claridad el tema principal discutido.

"Algo la pasó, toda vestida de blanco y desapareció" - "Un gran perro negro detrás de él" - "Tres fuertes golpes en

la puerta de la cámara" - "Una luz en el cementerio justo sobre su tumba", etc. &C.

Por fin ambos dormimos: el fuego y la vela se apagaron. Para mí, las vigilia de esa larga noche pasaron en espantosa vigilia; tenso por el miedo: tal temor que solo los niños pueden sentir.

Ninguna enfermedad corporal severa o prolongada siguió a este incidente del cuarto rojo; solo me dio un shock en los nervios, de lo que siento la reverberación hasta el día de hoy. Sí, Sra. Reed, le debo algunas punzadas de sufrimiento mental, pero debo perdonarla, porque no sabía lo que hizo: mientras desgarraba los hilos de mi corazón, pensaba que solo estaba desarraigando mis malas propensiones.

Al día siguiente, al mediodía, estaba levantado y vestido, y me senté envuelto en un chal junto al hogar de la guardería. Me sentía físicamente débil y descompuesto, pero mi peor dolencia era una miseria mental indescriptible: una miseria que no dejaba de sacarme lágrimas silenciosas; En cuanto me limpié una gota de sal de la mejilla, me siguió otra. Sin embargo, pensé, debería haber sido feliz, ya que ninguno de los Reed estaba allí, todos habían salido en el carruaje con su madre. Abbot también cosía en otra habitación, y Bessie, mientras se movía de un lado a otro, guardando los juguetes y colocando los cajones, se dirigía a mí de vez en cuando con una palabra de bondad inusual. Este estado de cosas debería haber sido para mí un paraíso de paz, acostumbrado como estaba a una vida de incesante reprimenda e ingrata marica; pero, de hecho, mis nervios erguidos estaban ahora en un estado tal que ninguna calma podía calmarlos, y ningún placer los excitaba agradablemente.

Bessie había bajado a la cocina, y trajo con ella una tarta en un plato de porcelana pintada de colores brillantes, cuyo ave del paraíso, enclavada en una corona de enredaderas y capullos de rosa, no me había despertado una sensación de entusiasmo. admiración; y qué plato pedí a menudo que me

permitieran tomar en mi mano para examinarlo más de cerca, pero hasta ahora siempre me habían considerado indigno de tal privilegio. Esta preciosa vasija se colocó ahora sobre mi rodilla y me invitaron cordialmente a comer el círculo de pasteles delicados que tenía encima. ¡En vano favor! venir , como la mayoría de los otros favores diferidos por mucho tiempo y muchas veces deseados, ¡demasiado tarde! No pude comer la tarta; y el plumaje del pájaro, los tintes de las flores, parecían extrañamente desvaídos: guardé el plato y la tarta. Bessie preguntó si tendría un libro: la palabra *libro* actuó como un estímulo transitorio, y le rogué que trajera los viajes de Gulliver de la biblioteca. Este libro lo había leído una y otra vez con deleite. Lo consideré una narración de hechos, y descubrí en él una vena de interés más profunda que la que encontré en los cuentos de hadas: porque en cuanto a los elfos, los había buscado en vano entre hojas y campanas de dedalera, debajo de hongos y debajo de la hiedra terrestre. Después de cubrir viejos rincones de las paredes, decidí por fin la triste verdad, que todos habían salido de Inglaterra a un país salvaje donde el bosque era más salvaje y espeso, y la población era más escasa; mientras que Lilibut y Brobdignag son, en mi credo, partes sólidas de la superficie de la tierra, no dudaba que algún día, al hacer un largo viaje, vería con mis propios ojos los pequeños campos, casas y árboles, las personas diminutas , las vacas, ovejas y pájaros diminutos del reino único; y los campos de maíz a la altura de los bosques, los poderosos mastines, los gatos monstruosos, los hombres y mujeres en forma de torre, entre otros. Sin embargo, cuando este preciado volumen ahora estaba en mi mano, cuando volteé sus hojas y busqué en sus maravillosas imágenes el encanto que hasta ahora nunca había fallado, todo era espeluznante y triste; los gigantes eran duendes demacrados, los pigmeos diablillos malévolos y temerosos, Gulliver, un vagabundo más desolado en las regiones más temibles y peligrosas. Cerré el